

## TESTIMONIO DE JACKELINE



Jackeline portando la vela de su Bautismo

Mi nombre es Jackeline Gallegos Sermeño, nací en Coracora, un pueblo pequeño de Perú. Mi padre, un policía nacional con 10 hijos, entre los que me incluyo yo. Mi madre dedicada al comercio, con 6 hijos.

Mi padre se considera ateo y mi madre es católica, al igual que toda mi familia materna. Ellos se separaron cuando yo tenía sólo cuatro años, así que me tocó vivir una infancia muy triste e inestable. Os podéis hacer una idea si os digo que vivía un año con mi madre y un año con mi padre, pasando por diferentes colegios a lo largo de mi educación.

Cuando cumpla 8 años empiezo a tomar conciencia de la situación y a preguntarme por muchas cosas que pasaban a mi alrededor. Esa época vivía con mi madre, quien siempre me decía: “Si tu padre te hubiera reconocido, tú ya estarías bautizada”.

A pesar de no estarlo, ella me llevaba a la iglesia los domingos a la 9:00 de la mañana y después de la Misa, a la catequesis familiar, en la que aprendíamos a rezar y a cantar canciones del coro de la Iglesia. A mí me gustaba mucho ir a la catequesis, ¡era muy divertido!

Una vez terminado ese año me tuve que ir con mi padre. Él vivía en Nasca, una ciudad más grande y bastante lejos de mi madre. Mi padre estaba casado con una señora muy buena llamada Lola. Lola era protestante, y concretamente evangelista adventista. Ella me llevaba los sábados a su “templo”, como ella lo llamaba, porque mi padre le dejaba ir con la condición de que me llevara a mí, ya que era un hombre muy posesivo y celoso.

Con ella conocí la devoción al Señor, porque todo lo que hacía, lo hacía pensando en Nuestro Señor, como ella decía. La veía levantarse muy temprano para cantar a Nuestro Señor y rezar oraciones de rodillas.

Eso yo no lo había visto en mi madre y me confundía. Mi verdadera madre siempre pedía a través de la Virgen de las Nieves; sin embargo, la señora Lola, como yo la llamaba, no creía en vírgenes ni santos, y mi padre decía que no existía Dios.....

A pesar de tanto lío, yo tenía un respeto muy grande hacia nuestro Dios y hacia la Virgen de las Nieves, nuestra patrona, la Madre de Nuestro Señor.

## En la adolescencia

Ya un poco más mayorcita, aproximadamente con trece o catorce años, sucedió algo que marcó mi vida. Fue en Coracora, el pueblo de mi madre. Yo fui a Misa y el Padre Emilio, que era polaco, nos dijo en la homilía que **Dios estaba dentro de nuestros corazones desde que nacemos, y aún antes de nacer. Por eso teníamos necesidad de seguirle y conocerle.**

Cuando vi a mucha gente haciendo fila para ir a comulgar, sentí esa necesidad de ir también a comulgar, pero inmediatamente me di cuenta de que no podía.

Volví a casa y le pregunté a mi madre que por qué yo no me había bautizado, ni había hecho la Comunión con todos los niños de mi edad. Ella me dio la misma respuesta de siempre: “si tu papá te hubiera reconocido, tú ya estarías bautizada y habrías hecho la Primera Comunión y la Confirmación”.

Ahí fui cuando me di cuenta de que mi padre no me había reconocido, sin embargo había algo que yo no entendía, porque yo ya llevaba su apellido.

Cuando tuve quince años se lo pregunté a mi padre, con mucho temor, porque era un hombre de mucho carácter y muy intimidante.

-¿Por qué no me has reconocido todavía papá? ¿Y cómo llevo tu apellido en la partida de nacimiento? Mi mamá no me ha podido bautizar y ya tengo quince años.

Mi padre se echó a reír y yo me sonrojé mucho.

-¿Qué te preocupa más, llevar mi apellido o estar bautizada?

Yo le respondí que las dos cosas, porque me daba vergüenza decir que no estaba bautizada. Finalmente me confesó algo que mi madre no sabía. Él mismo me había sacado la partida de nacimiento en Nasca, como si yo hubiera nacido en Nasca, y allí él me puso sus apellidos. Lo hizo cuando yo tenía sólo cinco años, pero no se lo había contado a mi madre para que ella no le pidiera la manutención por mí.

Me quedé muy sorprendida de todo esto, y ya empecé a entender algunas cosas. Me daba muchísima rabia saber que, por su culpa, yo no estaba bautizada.

Al año siguiente me tocaba estar con mi madre en Coracora, y cuando volví con ella y se lo conté todo, lloró muchísimo. La pobrecilla había vivido engañada durante 16 años de su vida. Me dio la oportunidad de no volver con mi padre si no quería hacerlo.

Un día, en la misa a la que iba con mis hermanos, me volvió a ocurrir otra vez lo mismo. Al ver que todos se ponían en la fila para comulgar y yo no podía, deseé profundamente recibir a Jesús. Tuve la tentación, más fuerte esta vez, de saltar yo también, pensando que nadie sabría si yo había recibido la Primera Comunión o no. Pero algo dentro de mí me sujetaba. Ahora creo que era la gracia del Espíritu Santo la que me hizo comprender que Dios sí sabía la verdad. Me quedé en el sitio preguntándome: ¿Cuándo podré ponerme a la fila para comulgar? ¿Qué sentiré cuando lo haga? ¿A qué sabrá el Cuerpo de Cristo? Todas estas cosas venían a mi cabeza cada vez que iba a Misa.

## **Conozco a Richard**

Cuatro años más tarde conocí a Richard, quien es ahora mi esposo. Es un hombre muy bueno, muy justo y noble, pero lo que más me gusta de él es su fe. Tenemos tres lindos hijos: María Cristina, Álvaro y Brenda. Ellos son el regalo más grande que me ha dado Nuestro Señor.

Cuando vivíamos en Perú, íbamos todos los domingos a Misa.

Debido a los múltiples problemas económicos que teníamos allí, decidimos venir a España, aprovechando que su familia llevaba varios años aquí.

Gracias a Dios pudimos venirnos los cuatro de la familia: los dos niños, Cris y Álvaro y nosotros (por entonces Brenda todavía no había nacido).

Aquí fue como empezar de cero: buscar casa, trabajo, colegios...nada fácil. No tuvimos mucha suerte al principio, especialmente con los trabajos. Con la angustia, nos olvidamos de Nuestro Señor, o mejor dicho, le dejamos de lado. En nuestro entorno tampoco se le tenía en cuenta: nunca hablaban de él, nadie iba a misa los domingos... y en ese ambiente daba vergüenza decir que nosotros sí.

## **Me acerco a la Iglesia en España**

Un día conocí a dos buenas amigas, realmente son las dos únicas amigas que tengo aquí en España: Sonia y Érika. Eran católicas “activas”, como las llamo yo. Siempre iban a Misa y hablaban de Dios con tanta naturalidad y cercanía que me arrastraron tras ellas. Me invitaron a su Parroquia: La Saletta, de la que yo ahora me siento también miembro “activo”. Me presentaron al Padre Fernando, un sacerdote muy bueno y muy cercano a todos. Allí encontré lo que yo buscaba ¡Y esa alegría en el coro en la Misa de los domingos! ¡Todo era tan lindo! Poco a poco me fui acercando más y más a la Iglesia y a Nuestro Señor.

El Padre Fernando sabía que yo no estaba bautizada y un día me invitó a una catequesis de adultos que iba a empezar a dar. Me apuntarme y allí conocí a dos matrimonios maravillosos y muy entregados al Señor: Raquel y Javi y Ana y Gabi. Fueron mis catequistas durante un año y con ellos aprendí muchas cosas.

La verdad es que se me hacía largo tener que prepararme para mi bautizo durante dos años. Después del primero, me dijeron que debía cambiarme de grupo y encima a las 9:00 de la noche, una hora que a mí me venía fatal por mi trabajo. Después de pensarlo decidí que no podía ir. Yo ya lo tenía claro: No seguiría con la catequesis.

Otra vez, gracias a Dios, conocí al Padre Enrique, un sacerdote muy bueno que me recordaba al Padre Fernando. Hablar con él fue muy importante para continuar en la catequesis. Recuerdo que me dijo que no podía dejar la catequesis después de todo lo que había avanzado. Ciertamente me convenció, porque me mostró el camino que deseaba mi corazón, en el fondo. Hizo desaparecer todas las dificultades y finalmente me presentó a la persona que llegaría a ser un día mi madrina: Nuria.

Gracias a ella he llegado a cumplir mis deseos. Muchas veces he flaqueado en mi preparación de la catequesis, pero mi madrina siempre estuvo ahí animándome, contagiándome su alegría, empujándome a seguir. Ella ha sido como una luz en una habitación grande y oscura. Iluminaba el camino por donde yo debía ir. Junto con el Padre Enrique, el Señor la puso en mi vida para que me guiara y no abandonara Su senda. Sé que en todo esto tiene mucho que ver Nuestro Señor, más bien todo. Sólo Él conoce los difíciles momentos por los que he pasado en estos últimos seis años y durante mi preparación.

## **A los ojos de Dios...**

Ya culminando mi catecumenado, todo se me pone difícil. Yo quería hacer lo correcto a los ojos de Dios, no a los del mundo.

Al no estar bautizada, tampoco estaba casada por la Iglesia, sólo por los juzgados.

Un tiempo atrás, el Padre Enrique me había animado a casarme por la Iglesia, ya que mi pareja, Richard, tenía los tres sacramentos de la iniciación cristiana: Bautismo, Comunión y Confirmación. Mi respuesta fue un no rotundo. Yo no tenía a nadie de mi familia en España y quería que mi madre y mis seres queridos estuvieran presentes en mi boda. De momento no me volvió a insistir.

Yo me imaginaba que casarme sería lo más importante de mi vida, pero luego caí en la cuenta de que todo aquello era vacío superficial y “ego”, como en las telenovelas. Decidí casarme porque comprendí que aunque no estuvieran presentes mis seres queridos, sí estaría presente Aquel quien verdaderamente es la razón de todo esto, Nuestro Señor.

Empecé contándole a mi catequista mi decisión de casarme antes del bautizo y ella encantada, movió cielo y tierra para que esto se llevara a cabo. Imagino que al Padre Enrique le sorprendió mucho la noticia, después de mi negativa tan tajante.

El Padre Fernando había significado mucho para mí y le pedimos que fuera el ministro de nuestro enlace. Al ver su alegría, me di cuenta de que no estaba sola en este país, y de que había personas que me querían y querían lo mejor para mí.

Entonces empezó toda la Odisea que viví en esos 30 días anteriores al Bautismo. La fecha de mi bautizo ya estaba fijada: la noche del 3 al 4 de abril, en la Vigilia Pascual. Fue una auténtica carrera de obstáculos.

En la primera etapa, antes de poner la fecha de la boda, teníamos que conseguir la Partida de Bautismo de Richard imprescindible para poder celebrar un matrimonio mixto. Digo teníamos porque mi catequista estaba muy involucrada en esto, parecía que ella era la novia.

Pese a todo, no fue nada fácil. Richard se había bautizado en un pueblecito muy alejado y pequeño de Perú en el que no queda nadie de su familia. Su casa había sido quemada en una guerrilla, por el terrorismo, y no conservaban ningún papel, ni la fecha, ni el nombre de la Parroquia....

Como directamente no podíamos conseguir la Partida de Bautismo, lo intentamos a través del Obispado. A pesar del interés e insistencia de Rosa, no logramos contactar con las monjitas alemanas que habían hecho la misión popular en la que Richard y sus hermanos habían sido bautizados.

Tal y como nos dijeron, Richard y yo hicimos los Cursillos Prematrimoniales.

En una cena con la familia de Richard les comuniqué la noticia de la boda y nuestra idea de que fuera algo muy íntimo y sencillo, sólo para la familia directa: su madre y sus seis hermanos con sus respectivas parejas. A pesar de mis razones, no entendieron el por qué de tanta prisa, pero eso ya no nos importaba demasiado, ni a mí ni a Richard, que siempre había querido casarse conmigo.

Fue un tiempo difícil, de mucha confianza. Nuestro Señor quería enseñarme a confiar sólo en Él y en su divina providencia.

A los pocos días de anunciar nuestra boda, me entero de que el hermano de Richard también quiere casarse. Tampoco dispone de Partida de Bautismo, pero un familiar de su mujer puede ir al pueblo de Richard y conseguirla. Finalmente se casan 15 días antes de mi bautizo. Tengo que reconocer que me alegro por ellos, pero dentro de mí siento mucha envidia en ese momento.

Recuerdo perfectamente de que en mi interior tuve una lucha muy fuerte. Le reproché a Nuestro Señor que no era justo que yo, después de estar preparándome durante tanto tiempo, haciendo todo lo que me había pedido, yendo a Misa todos los domingos, renunciando a tantas cosas por Él..... no tuviera la oportunidad de casarme antes del Bautizo. Ahora que quería hacer las cosas bien, no por presumir, y deseaba convertirme en la esposa de Richard, como Él me había pedido, no me lo concedía. Hoy me arrepiento por mi soberbia, pero he de reconocer que le eché en cara que me ponía las cosas más difíciles que a mi cuñada, en todos los aspectos.

Aquí viene la lección: Esa misma noche, después de cenar, mi hijo Álvaro, que le encanta leer la Biblia ilustrada, se nos acercó a la mesa, a la que estábamos sentados Richard y yo y me pidió que le escuchara. Comenzó a leer nada más y nada menos que la parábola del Publicano y el Fariseo. Yo me quedé pálida, miré a Richard y me devolvió su mirada de complicidad. Entonces caí en la cuenta de todo. ¡Yo estaba siendo el fariseo y Nuestro Señor se estaba valiendo de mi hijo para hacérmelo ver. Fue en ese momento cuando acepté su voluntad y le dije: Señor, si no me caso antes de mi Bautizo, me casaré después. Lo dejo en tus manos.

Unos días después, mi catequista me llamó emocionadísima para decirme que la Partida ya había llegado y de que podíamos ir a hacer los papeles al Obispado de Getafe con dos testigos. Me rendí ante esta lección de humildad de Nuestro Señor. Una vez más me di cuenta cuán poderoso y generoso es.

Tengo que decir que mi catequista me dijo que había pedido esta intención a través de Don Francisco José Pérez Golfín, que en paz descanse, el primer Obispo de Getafe, del que está introducida su causa de Beatificación. Él se las ingenió para que, en dos días, llegara la tan esperada Partida de Bautismo, directamente de manos del Señor Obispo de Caravelí y encabezada por la siguiente frase: ¡Amado sea por todas partes el Sagrado Corazón de Jesús! Debían tener algo en común los dos Obispos..... Yo ahora tengo una especial amistad con Don Francisco José.

Quedaban 10 días exactos para el bautismo y sólo 5 para la boda, que fijamos para el 30 de marzo por la tarde, en la Parroquia de la Saleta.

Yo estaba pasando por un momento crítico económicamente. No tenía vestido ni zapatos ni nada de nada. Sin embargo, Nuestro Señor me preparó todo, hasta el último detalle: Mi cuñada Yulisa me dejó un vestido de novia muy sencillo, que nunca había llegado a estrenar, y que me quedaba perfecto; los zapatos, me los regaló el vecino, de su mujer, y también eran nuevos; los pendientes me los prestó mi suegra y el ramo de flores me lo hice yo misma, con los consejos de la dependienta de una floristería. O sea, que todo lo que llevaba ese día era prestado o regalado. Hasta la cena fue un obsequio de mi cuñada Yulisa.

Fue una ceremonia muy sencilla, con pocos invitados, sin mi familia, pero acepté todo de buen grado pensando que Él había querido que fuera así. Pero, todavía no se habían acabado las sorpresas por Su parte.

## El día de mi bautizo

Hay una anécdota que me gustaría contaros: Tres días antes de mi Bautizo, hablo con la directora de la residencia en la que trabajo, para pedirle que me cambie el sábado por otro día, ya que yo suelo estar de tarde y no llegaba a la Vigilia Pascual. Ella se niega y no consigo que ninguna compañera acepte el cambio, por ser Semana Santa.

Mi esposo estaba un poco preocupado porque no se solucionaba el asunto, y no sé cómo pero le dije: ¡No te preocupes, Richard, si Dios quiere que me bautice, me bautizaré, aunque tenga que romper una pierna!

El Jueves Santo por la tarde, casi al terminar de acostar a la última ancianita, hago un esfuerzo que provoca un esguince en mi muñeca derecha. En la Mutua me la vendan, me dan la baja y me citan para el lunes ¡Ya podía ir a mi Bautizo y además tenía un día entero para prepararlo todo! Él se vale de muchas cosas para cumplir sus propósitos.



Jackeline momentos antes de ser bautizada, con su muñeca derecha vendada

## La Gran Noche

Por fin llegó la Gran Noche. Fue todo maravilloso, espectacular. No puedo explicar lo que viví en ese momento. Me sentía hija de Dios y ya podía llamarme cristiana ¡porque lo era! Recibía en mi ser, en mi corazón, a Cristo, y de manos nada más y nada menos que del Señor Obispo, Don Joaquín. Me sentí muy afortunada y agradecida.

Todavía no me creo que Nuestro Señor me tuviera preparado algo tan bonito para mí. Fue entonces cuando comprendí el por qué de mi espera.

Hoy puedo decir orgullosa que el día de mi bautizo lo tengo grabado en mi corazón como el más importante de toda mi vida.

¡Cuánto amor siento por Nuestro Señor y vivo en un agradecimiento constante por todo lo que me brinda día a día.

Desde el día en que recibí al Señor por primera vez, no he dejado de hacerlo todos los domingos hasta hoy, ni pienso hacerlo. Todavía siento un nerviosismo por dentro cuando me pongo a la fila para comulgar y pienso que no soy digna de tan gran don.



Recibiendo los Sacramentos del Bautismo y la Eucaristía

Mi vida y la de toda mi familia han cambiado muchísimo. Ya no vemos las cosas como antes. Todo lo vivimos con Nuestro Señor.

Tengo mucho que aprender. He entrado en un grupo en la Parroquia con otros matrimonios. Le he dicho mi madrina, que si alguna vez intento salirme del camino correcto, tiene todo el derecho a darme “un jalón de orejas”, como decimos en mi país.



Jackeline junto con todos sus compañeros, al finalizar la Vigilia Pascual  
(segunda a la izquierda de Don Joaquín)

Hoy me siento muy afortunada de todo lo que he viví el día de mi bautizo y en adelante espero vivir muchos años para aprender a ser una buena cristiana y llegar al cielo y mirarLe a la cara a Nuestro Señor, sin ninguna vergüenza por no haber hecho su voluntad en esta vida.

¡¡¡¡¡Muchas gracias!!!!

Jackeline Gallegos Sermeño  
Alcorcón 31 de mayo de 2010.